

Afonso Henriques de Lima Barreto



Lima Barreto: cuestiones de género y negritud *Clara dos Anjos,* capítulo I

Carmen Sologuren

Afonso Henriques de Lima Barreto (1881-1922) es, después de Machado de Assis, el novelista carioca más conocido. Sin embargo, a diferencia del autor de *Dom Casmurro*, que buscaba acercarse a formas y temas literarios de valor universal, Lima Barreto tenía como obsesión la denuncia del racismo y de la miseria social del pueblo de los suburbios. Por eso, sus novelas y cuentos empiezan casi siempre por la presentación del espacio y por la caracterización de los personajes en cuanto a sus profesiones y origen geográfico y social. Asimismo, sitúa a sus hombres y mujeres en relación con su participación en los hechos históricos del país, lo que hace que sus narrativas tengan, muchas veces, un vínculo muy estrecho con la política, sea por la vía directa de la descripción o por la utilización de recursos como la ironía y la sátira.

Todas estas características están presentes en sus obras más famosas, como la novela *Triste fin de Policarpo Quaresma*, una especie de *Don Quijote* sudamericano, o el cuento «El hombre que sabía javanés», donde presenta de modo irónico la manía de los brasileños de valorar más lo proveniente del extranjero y de olvidar los propios problemas y tradiciones culturales. De ahí la frecuencia de vocablos de otras lenguas, sobre todo del inglés, presentados en su obra de modo irónico, lo que pone en evidencia su combate a todo y cualquier tipo de imperialismo, en especial de los Estados Unidos, y

la tentativa de fijar el vocabulario y las costumbres de los pobres del suburbio, casi siempre mestizos, negros e indios.

Otro de los temas más comunes en su obra es la posición de la mujer en la sociedad, como víctima del machismo y del conservadorismo o como líder en la lucha por la emancipación. La novela *Clara dos Anjos*, texto que el autor reescribió durante muchos años y cuya versión más acabada fue publicada póstumamente en 1948, presenta todas estas cuestiones a partir del drama de Clara dos Anjos, una mulata de diecisiete años adicta al cine que es seducida por el guitarrista, descendiente de americanos, Cassi Jones, quien, finalmente, la abandona. El libro está dedicado a la madre del escritor y trae como epígrafe la siguiente frase del historiador João Ribeiro: «Algunos las desposaban [a las indias]; otros, casi todos, abusaban de la inocencia de ellas, como aun hoy de las mestizas, reduciéndolas por igual a concubinas y esclavas».

El primer capítulo de la novela, traducido en esta oportunidad, funciona como un acercamiento a la vida de la joven Clara: el barrio y la casa donde vive, la situación social y algunos datos psicológicos de sus padres y vecinos, la historia de la familia... El vocabulario utilizado por el autor es, en general, muy sencillo. Para el traductor, sin embargo, las dificultades se presentan en relación con las expresiones idiomáticas y términos populares y su vinculación con el contexto histórico del relato. La solución encontrada para que el lector tenga una comprensión más completa del estilo del escritor fue mantener los términos en su contexto original e introducir notas aclaradoras a pie de página. De todas maneras, en un momento en que nosotros los peruanos y latinoamericanos nos preguntamos sobre la formación de nuestra nacionalidad y la situación de nuestras minorías sociales, a partir de cuestiones de género y etnia, ese pequeño texto de introducción a la vida del personaje Clara dos Anjos demuestra con nitidez cómo Lima Barreto, desde los alrededores de su ciudad, veía a su propio país y—sin duda alguna— a los brasileños.

CLARA DOS ANJOS

CAPÍTULO I

El cartero Joaquim dos Anjos no era hombre de serenatas, pero gustaba de la guitarra y las *modinhas*.¹ Él mismo tocaba la flauta, instrumento que fue muy apreciado en otras épocas, sin serlo actualmente como otrora. Los viejos de Río de Janeiro, aún hoy, se acuerdan del famoso Calado y de sus polcas, una de las cuales —«Cruzes, minha prima»— es un recuerdo emocionante para los cariocas que están rozando los setenta. De un tiempo a esta parte, sin embargo, la flauta perdió importancia y solo un único flautista de nuestros días consiguió, por instantes, rehabilitar el melodioso instrumento, que fuera delicia de nuestros padres y abuelos. Quiero hablar de Patápio Silva. Con su muerte, la flauta volvió a ocupar un lugar secundario como instrumento musical, ya que los doctores en música, ejecutantes o críticos eruditos, no le dan ninguna importancia. Volvió a ser nuevamente plebeyo.

A pesar de eso, en su simplicidad de nacimiento, origen y condición, Joaquim dos Anjos se creía músico de cierta categoría, pues, además de tocar flauta, componía vales, tangos y acompañamientos de *modinhas*.

Una polca suya —«Siri sem unha»— y un vals —«Mágoas do coração»— tuvieron algún éxito, al punto de llevarlo a vender la propiedad de cada una, por cincuenta mil *réis*,² a una casa de músicas y pianos en la calle Ouvidor.

Su saber musical era escaso; adivinaba más que empleaba nociones teóricas que hubiera estudiado.

Aprendió la *artinha*³ musical en la tierra de su nacimiento, en los alrededores de Diamantina, en cuyas fiestas de iglesia la flauta brillara, y era considerado por muchos como el primer flautista del lugar. Aunque gozaba de esta fama animadora, nunca quiso ampliar sus conocimientos musicales. Se quedó en la *artinha* de Francisco Manuel, que sabía de memoria, pero de la que nunca salió, para ir más allá.

¹ *Modinha*: diminutivo de *moda*, tipo antiguo de canción portuguesa. La *modinha* es una canción de género tradicional, casi siempre amorosa.

² *Réis*: también llamado real, unidad de valor vigente en el sistema monetario brasileño hasta 1942, cuando fue sustituida por el *crucero*.

³ *Artinha*: diminutivo de *arte*, designa el manual didáctico de nociones elementales sobre alguna materia.

Poco ambicioso en música, lo era también en las demás manifestaciones de su vida. Disgustado con la existencia mediocre en su pequeña ciudad natal, un día cualquiera, con sus más o menos veintidós años, aceptó la invitación de un ingeniero inglés que, por aquellos lugares, andaba explorando tierras y terrenos diamantíferos. Todos juzgaban que *seu mister*⁴ andaba haciendo eso; la verdad, sin embargo, es que el sabio inglés hacía estudios desinteresados. Realizaba puras y platónicas investigaciones geológicas y mineralógicas. El diamante no era el fin de sus trabajos; pero el pueblo insistía en ver, por los alrededores de la ciudad, el vientre de la tierra lleno de diamantes, no podía saber que un inglés que llevaba catando piedras, de la mañana hasta la noche, y tomando notas con sus raros instrumentos no estuviera con tales gesticulaciones buscando diamantes. El míster no tenía medios para convencer a la ingenua gente del lugar de que él no quería saber de diamantes, y no había día en que el súbdito de Su Graciosa Majestad no recibiera una propuesta de venta de terrenos, en que forzosamente tenía que existir la preciosa piedra abundantemente, por tales o cuales indicios, seguros a los ojos de «buscador de oro» experimentado.

Tan pronto llegó el geólogo, Joaquim se empleó como su paje, guía, embalador, servidor, etc., y fue tan obediente y sirvió y sirvió tan satisfactoriamente al sabio que este, al dar por terminadas sus investigaciones, lo invitó a venir a Río de Janeiro, encargándole el movimiento de su pedregoso equipaje, hasta que este fuera puesto a bordo. El sabio se comprometió a pagarle la estadía en Río, lo que hizo, hasta embarcarse para Europa. Le dio dinero para volver, un sombrero de corcho, unas polainas, una cachimba y una lata de tabaco «Navy Cut». Joaquim ya se había habituado a Río de Janeiro, en el más de un mes que estuviera aquí, al servicio del señor John Herbert Brown, de la Real Sociedad de Londres, y resolvió no regresar a Diamantina. Vendió las polainas en un *belchior*⁵ y el sombrero de corcho también y se puso a fumar el sabroso tabaco inglés en la cachimba que le fuera ofertada, paseando por Río, mientras tuvo dinero. Cuando se le acabó buscó conocidos que ya tenía; muy pronto entró a servir como empleado del estudio de un gran abogado, su paisano, o sea, minero.

⁴ *Seu mister*: redundancia para denunciar la ignorancia del pueblo y la mezcla de las lenguas: *seu*, forma popular de *señor*, y *mister*, 'señor' en inglés.

⁵ *Belchior*: mercader de ropas y objetos usados. El término deriva del nombre del primer mercader de Río de Janeiro que hizo este tipo de negocio.

—No te daré cosa que valga la pena —le dijo luego el doctor—, pero aquí irás adquiriendo conocimientos y puedes encontrar cosa mejor más tarde.

Vio bien que el «doctor» le decía la verdad, y toda su ambición se ofreció en obtener un pequeño empleo público que le diera derecho a jubilación y a montepío, para la familia que iba a tener. Había conseguido, al fin de dos años, aquel trabajo de cartero, en el que llevaba ya cuatro lustros y con el cual estaba muy contento y satisfecho de la vida, tanto más por los merecidos ascensos sucesivos.

Meses después de ser nombrado se casó; habiendo muerto su madre, en Diamantina, como hijo único, heredó la casa y unas pocas tierras en Inhaí, una feligresía de aquella ciudad minera. Vendió la modesta herencia y trató de adquirir la casita en los suburbios en la que todavía moraba y que era suya. El precio era módico, pero, aún así, el dinero de la herencia no alcanzaba, pagó el resto en partes. Ahora, sin embargo, y aunque transcurridos varios años, estaba en plena posesión de su «hueco», como él llamaba a su humilde casucha. Era simple. Tenía dos cuartos, uno que daba a la sala de visitas y otro al comedor, aquel quedaba a la derecha y este a la izquierda de quien entraba en ella. La sala de visitas seguía inmediatamente al comedor. Correspondiendo poco más de un tercio del ancho total de la casa, había, en los fondos, una ampliación, donde estaban la cocina y una despensa minúscula. Esa ampliación se comunicaba con el comedor por una puerta, y la despensa, a la izquierda, apretaba el pequeño espacio, a la manera de un corto corredor, hasta la cocina, que se extendía en toda su anchura. La puerta que lo unía al comedor quedaba muy cerca de este, por donde se iba de la sala al huerto. Era así el plano de la casa de propiedad de Joaquim dos Anjos.

Fuera del cuerpo de la casa existía una choza con cuarto de baño, tanque, etc., y el huerto era de superficie razonable, donde crecían guayabos, dos o tres árboles de naranjas, uno de limón gallego, papayos y un gran coposo árbol de tamarindo, bien al fondo.

La calle en que estaba situada su casa era de superficie plana y cuando llovía se encharcaba y quedaba como un pantano; entre tanto, estaba poblada y era camino obligado de las márgenes de la Central hacia la lejana y habitada feligresía de Inhaúma. Grandes carros y camiones, que casi diariamente andan por aquellos lugares supliendo a los *retalhistas de géneros*⁶ que los mayoristas les proporcionan, la

⁶ *Retalhistas de géneros*: minoristas de mercaderías variadas.

recorrían de principio a fin, indicando que tal vía pública debía merecer más atención de los ediles.

Era una calle sosegada, y toda ella, o casi toda, edificada al gusto antiguo del suburbio, al gusto del chalé. Estaba poblada y edificada casi enteramente, de un lado a otro. De ella, se descortinaba un lindo panorama de montañas de colores, cambiantes conforme fuera la hora del día y el estado de la atmósfera. Le quedaban muy distantes, pero parecía cercarla la calle, que era el eje de aquel redondel de montes que, durante el día, parecían ser iluminados por proyecciones luminosas, revistiéndose de toda la gama del verde, de tonos azules; y, por el crepúsculo, quedaban cubiertos de oro y púrpura.

Además de los clásicos chalés suburbanos se encontraban otros tipos de casas. Algunas relativamente recientes, unos ciertos adornos y galanteos modernos para encubrir la estrechez de las habitaciones y justificar la exageración de los alquileres. Había, sin embargo, una casa digna de ser vista. Se erguía casi al centro de una gran chacra y era la característica de las casas viejas, chacras de otros tiempos; amplia fachada, poco fondo, techo bajo, forrada de azulejos hasta la mitad del *pé-direito*.⁷ Un tanto fea. Es verdad que no tenía elegancia, pero hacía juego perfectamente con los árboles de mangos, las robustas yacas y los coqueros petulantes y con todos aquellos grandes y pequeños árboles envejecidos, que quienes los plantaron tal vez no llegaron a ver sus frutos. Entre ellos, donde se podían ver vestigios del antiguo jardín, había estatuillas de loza portuguesa, con letreros azules. Una era la «Primavera», otra era la «Aurora»; casi todas, sin embargo, estaban mutiladas; unas, en un brazo; otras no tenían cabeza, y aun otras yacían en el piso, arrancadas de sus toscos soportes.

Los muros que cercaban la casa, a razonable distancia, y hasta aquel en que se apoyaba la reja de hierro del frontis del inmueble, estaban cubiertos de hiedra, que los envolvía en todo o en parte, no como un sudario, sino como un severo, ceremonioso y vivo manto de otras épocas y de otras gentes, provocando saudades y evocaciones, animando la ruina. Hoy es raro ver en Río de Janeiro un muro cubierto de hiedra; entre tanto, hace treinta años, en Laranjeiras, en la calle Conde de Bonfim, en Rio Comprido, en Andaraí, en Engenho Novo, en fin, en todos los barrios que fueron

⁷ *Pé-direito*: término arquitectónico que designa la altura entre el piso y el techo de una habitación. En las construcciones antiguas, el *pé-direito* es alto, lo que facilita la ventilación.

antiguamente estaciones de reposo y diversión, se encontraban, a cada paso, grandes muros cubiertos de hiedra, exhalando melancolía y sugiriendo recuerdos.

Joaquim dos Anjos llegó a conocer la chacra habitada por los propietarios respectivos, pero ellos se habían ido fuera y la habían alquilado a los *biblias*.⁸ Sus cánticos, los sábados (era su día de descanso sagrado en la semana), entonados casi de hora en hora, llenaban los alrededores y ponían en su audiencia una soturna sombra de misticismo. El pueblo no los veía con hostilidad, y algunos humildes hombres y pobres mozuelas de los alrededores los frecuentaban, ya por encontrar en eso una señal de superioridad intelectual sobre sus semejantes o por buscar, en otra casa religiosa que no fuera la tradicional, lenitivo para sus pobres almas afligidas, además de los dolores que siguen toda y cualquier existencia humana.

Algunos, entre los cuales estaba João Pintor, justificaban frecuentar a los *biblias* porque estos —decía él— no eran como los padres, que, para todo, quieren dinero.

Este João Pintor trabajaba en los talleres del Engenho de Dentro, en el oficio del que provenía su apodo. Era un negro retinto, labios gruesos, mandíbulas prominentes, frente angosta, dientes muy buenos y muy blancos, largos brazos, manoplas enormes, largas piernas y unos pies que no había calzado, en las zapaterías, en que entrasen ellos. Los mandaba hacer a pedido, pero, aún así, tan pronto como se los ponía hoy tenía que cortarlos con navaja al día siguiente si quería dar algunos pasos y renguear menos hasta el *Mafuá*.⁹

Decía Turuna, adepto del padre Sodré, capellán del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, que João Pintor se había metido con los *biblias* porque estos le habían dado un cuarto en la chacra para que viviera gratis a cambio de cumplir con ciertas obligaciones pequeñas. João Pintor contestaba con vehemencia; lo cierto, no obstante, es que él vivía en la chacra.

Era jefe de los protestantes un americano, Mr. Quick Shays, hombre tenaz y lleno de una elocuencia bíblica que debía ser magnífica en inglés; pero que en su dudoso portugués se tornaba simplemente pintoresco. Era Shays Quick o Quyc

⁸ *Biblias*: designación peyorativa de los misioneros y predicadores protestantes, que hacían sus prédicas basados en la lectura e interpretación de la Biblia.

⁹ *Mafuá*: feria o parque de diversiones, muy común en los barrios suburbanos de Río de Janeiro, principalmente a comienzos del siglo XX.

Shays de aquella raza curiosa de yanquis fundadores de nuevas sectas cristianas. De cuando en cuando, un ciudadano protestante de esa raza que desea la felicidad de nosotros, en la tierra y en el cielo, a la luz de su interpretación de uno o más versículos de la Biblia, funda una novísima secta, se pone a propalarla y luego encuentra dedicados adeptos, los cuales no saben muy bien por qué fueron detrás de tal novísima religioncita y cuál es la diferencia entre esta y la que profesaban.

Allá, en su tierra, como aquí, esos pequeños *luteros*¹⁰ hacen prosélitos. Allá más que aquí. Mr. Shays no obtenía prosélitos en las vecindades del cartero Joaquim dos Anjos, sino muchos oyentes, de los cuales una quinta parte finalmente se convertía. Cuando se trataba de iniciar un grupo, los novicios dormían en carpas de campaña, levantadas alrededor de la casa, en los vacíos existentes entre los viejos árboles de la chacra, maltratada y despreciada.

Las ceremonias preparatorias para la iniciación en la religión de Mr. Quyc Shays duraban una semana, repleta de ayunos y cánticos religiosos, llenos de unción y llamamientos contritos a Dios, Nuestro Padre. La vieja propiedad de recreo, con las carpas militares y salmodias continuas, adquiría un aspecto extraño e imprevisto, el de convento al aire libre disfrazado con una desagradable máscara de campamento guerrero. Se diría un destacamento de una orden de caballería monástico-guerrera que se preparaba para combatir al turco o al moro infiel, en Palestina o en Marruecos.

En los alrededores no eran muchos los adeptos ortodoxos al adoctrinamiento religioso de Mr. Shays; mientras tanto, además de las especies que ya fueron aludidas había las de aquellos que asistían a sus prédicas por mera curiosidad o para disfrutar con la oratoria del pastor americano. El templo estaba siempre lleno en sus días solemnes.

Los frequentadores de esa o aquella naturaleza iban allá sin ninguna repugnancia, pues es propio de nuestro pequeño pueblo hacer una extravagante amalgama de religiones y creencias de todo tipo, y socorrerse de esta o de aquella conforme los trances y momentáneas amargas de su existencia. Si se trata de alejar atrasos de vida, apela a la hechicería; si se trata de curar una molestia tenaz e insistente, busca al espiritista; pero no hablen a nuestra gente de dejar de bautizar al hijo por el

¹⁰ *Luteros*: referencia peyorativa a los protestantes, a quienes se les relaciona con Martín Lutero (1483-1546), teólogo alemán creador de la Reforma en la Iglesia Católica, movimiento que se desdobló en las diferentes corrientes protestantes que vemos hasta hoy.

sacerdote católico, porque no hay, entre ella, quien no se moleste: «¡Está loco! ¡Mi hijo quedarse pagano! ¡Dios me defienda!».

Joaquim dos Anjos no frecuentaba a Mr. Shays ni al reverendo padre Sodré, del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, pues, a pesar de haber nacido en una ciudad perfumada de incienso y plena de ecos sonoros de letanías y el continuo repicar de campanas festivas, no estaba animado por un gran fervor religioso. Doña Engrácia, sin embargo, lo estaba en extremo, aunque fuera poco a la iglesia, debido a sus obligaciones caseras. Ambos, no obstante, estaban de acuerdo en un punto religioso-católico-romano: bautizar cuanto antes a los hijos en la Iglesia Católica Romana. Fue así que procedieron no solo con Clara, la única hija sobreviviente, sino con todos los demás, que habían muerto.

Estaban casados hacía veinte años, y esta Clara, su hija, la segunda hija de la pareja, se aproximaba a los diecisiete años.

Era tratada por los padres con mucho desvelo, recato y cariño; y, a no ser con la mamá o el papá, solo salía con doña Margarita, una viuda muy seria que moraba en la vecindad y enseñaba a Clara bordado y costura.

Por lo demás, esto era raro y solo sucedía los domingos, Clara dejaba, a veces, la casa paterna para ir al cine del Méier o Engenho de Dentro cuando su profesora de costura se prestaba a acompañarla, porque Joaquim no se prestaba, pues no le gustaba salir los domingos, día escogido a fin de entregarse a su placer predilecto de jugar el *solo*¹¹ con los compañeros habituales: y a su mujer no le gustaba salir los domingos, como tampoco otro día cualquiera de la semana. Era sedentaria y casera.

Los compañeros de *solo* habituales de Joaquim eran casi siempre estos dos: el Señor Antonio da Silva Marramaque, su compadre, pues era padrino de su única hija, y el Señor Eduardo Lafões. No variaban. Todos los domingos, más o menos a las nueve horas, allí estaban tocando la puerta de la casa del «postal»; no entraban en el cuerpo de la habitación y, por el corredor que mediaba entre ella y la vecina, se dirigían al gran árbol de tamarindo, en el fondo de la huerta, debajo del que estaba armada la mesa, con sus fichas rojas y pupilas negras de grano de lentisco, su baraja, sus platitos, una copa y al centro un litro de *parati*,¹² muy provocativo y arrogante, demostrando un cínico desaffo a las conveniencias protocolares.

¹¹ *Solo*: juego de cartas de origen español.

¹² *Parati*: tipo de aguardiente de caña.

Joaquim dos Anjos ya estaba a la espera, leyendo el periódico de su predilección. Tan pronto llegaban, intercambiaban unas cuantas palabras, se sentaban, mojaban la palabra en el litro de cachaza y se ponían a jugar. Ficha a *vintém*.¹³

Horas y horas esperando el *ajantarado*,¹⁴ que casi siempre iba a la mesa a la hora de la comida habitual, dejaban pasar el tiempo jugando, bebiendo aguardiente, sin dar una pasada de ojos sobre las montañas circundantes, desnudas y pedregosas, que recortaban el alto horizonte.

De cuando en cuando, pero sin grandes espacios, Joaquim gritaba para la cocina:

—¡Clara! ¡Engrácia! ¡Café!

Desde allá respondían, con algún fastidio en la voz:

—¡Ya va!

Es que, para preparar el café, las dos mujeres tenían que retirar de uno de los dos fogones de carbón vegetal una olla del *ajantarado* que preparaban, a fin de calentar el café reclamado, y esto les retrasaba la comida.

Mientras esperaban el café, los tres suspendían el juego y conversaban un poco. Marramaque era y siempre había sido más o menos político, a su manera.

Aunque actualmente fuera un simple conserje de ministerio, donde no hacía el servicio respectivo ni otro cualquiera debido a su estado de invalidez, de semitullido y semiparalítico del lado izquierdo, había, entretanto, pertenecido a una modesta rueda de bohemios, literatos y poetas en la cual, a la par de poesía y de cosas de literatura, se discutía mucha política, hábito que no perdió. Cuando surgió la revolución del 93, la rueda se disolvió. Unos fueron a acompañar al Almirante Custódio; y otros, al Mariscal Floriano.¹⁵ Marramaque fue uno de estos y hasta obtuvo honores de alférez del Ejército. Por ahí es que hubo la primera congestión, esto es a fines del gobierno del mariscal, en el 94.

¹³ *Vintém*: antigua moneda portuguesa, valía veinte réis. «Ficha a vintém» significa que las fichas utilizadas para el juego eran de poco valor.

¹⁴ *Ajantarado*: comida sustanciosa que se prepara, generalmente, los fines de semana y días feriados; se sirve un poco después de la hora habitual del almuerzo.

¹⁵ En 1893, en el gobierno de Floriano Peixoto (ex vicepresidente de Deodoro da Fonseca, que había renunciado en 1891), surgió la Revolución de la Armada, comandada por el almirante Custódio José de Melo. Esta revolución se desarrolló en oposición a Floriano, que asumió la presidencia antes de los últimos dos años del término del mandato de Deodoro, lo que, según interpretación de los sediciosos, contrariaba la determinación constitucional de la época.

Su rueda no tenía a nadie destacado, pero algunos eran estimables. Aún así, algunas ruedas más cotizadas lo buscaban.

Cuando narraba episodios de esa parte de su vida, tenía gran garbo y orgullo en decir que había conocido a Paula Nei y que conocía a Luís Murat.¹⁶ No mentía en cuanto no confesara a todos en qué calidad hiciera parte del grupo literario. Aquellos que lo conocían desde esa época no ocultaban el título con que compartía el honor de ser miembro de un cenáculo poético. Habiendo intentado hacer poesía, su buen sentido y la integridad de su carácter le hicieron ver luego que no servía para la cosa. La abandonó y cultivó las charadas, los logogrifos, etc. Terminó siendo un hábil especialista en charadas y, como tal, figuraba casi siempre como redactor o colaborador de los periódicos que sus compañeros y amigos de bohemia literaria, poetas y literatos, improvisaban repentinamente, casi siempre sin dinero para un terno nuevo. Envejecido y casi inutilizado, después de dos ataques de apoplejía, fue obligado a aceptar aquel humilde lugar de conserje para tener con qué vivir. Sus méritos y saber, sin embargo, no estaban mucho más arriba del cargo.

Había aprendido mucha cosa de oído y, de oído, hablaba de muchas de ellas. Tuviera, de mozo una buena convivencia. Estaba allí el secreto de su ilustración. Marramaque, a pesar de todo, de su estado de salud, de su dificultad para moverse, no dejaba la manía inocua de la política e iba a votar, con riesgo de verse envuelto en un lío de sufragio universal, cortes de navaja, golpes brutales, cabezadas, tiros de revolver y otras elocuentes manifestaciones electorales, de las cuales, en razón de su precario estado de piernas, no podría huir con seguridad y la necesaria rapidez.

Habiendo vivido en ruedas de gente fina —como ya vimos—, y no por la fortuna, sino por la educación e instrucción, había soñado con otro destino y no el que tuviera, agregando a todo esto su invalidez. Marramaque era naturalmente amargo y opositor. Ese domingo lo había escogido para hablar mal del doctor Saulo de Clapin.

—Ustedes van a ver: Clapin está allí, está muerto en la política. Tuvo la osadía de ir contra la corriente popular, se estrelló. Quien ganó fue el barbudo Melo Brandão, ese judío mestizo. Es un caradura, pero es maestro en política.

¹⁶ Referencia a los escritores brasileños Francisco de Paula Nei (1858-1897) y Luís Barreto Murat (1861-1929), cuyas obras abordan, entre otros temas, la abolición de la esclavitud y la proclamación de la República.

Joaquim se interesaba con mediocridad por esa historia de política; pero Lafões tenía sus pasiones en el asunto y acudió:

—¡Cómo dices! ¡Entonces tu piensas, Marramaque, que un hombre inteligente, tan superior como el doctor Clapin, se va dejar envolver por un tramposo de actas y cosas peores como Melo Brandão! ¡Eso no! ¡Además, los operarios ...

—¿Qué es lo que ha hecho por los operarios?, pregunta Marramaque.

—Mucho.

Lafões no era operario como se podía pensar. Era guardián de las obras públicas. Portugués de nacimiento, llegó a Brasil cuando era un niño, esto hace más de cuarenta años. Había entrado muy temprano a la repartición de aguas de la ciudad, llamando la atención de sus superiores por el rigor de su conducta, poco a poco lo hicieron llegar al comando de guardia de cañerías y caños que perdían agua en los tanques de lavado de las casas particulares. Vivía muy contento con su posición, su decreto de nombramiento, su carta de naturalización y, tal vez, no lo estuviera tanto si se hubiera enriquecido con centenas de *contos de réis*.¹⁷ A pesar de todo hacía creer, pues era digno de ver la importancia ingenua del sujeto que hace cualquier cosa del Estado, y la solemnidad de maneras con que él atravesaba aquellas virtuales calles de los suburbios.

Traía siempre el uniforme caqui y la gorra con las iniciales de la repartición; un quitasol que, cuando no lo traía abierto para protegerse contra los rayos del sol, manejaba como el bastón de un vicario de aldea portuguesa, clavándolo en el piso y levantándolo para ponerlo de nuevo a medida que ejecutaba sus largas pasadas.

Lafões respondió así a Marramaque:

—Mucho. En todas las comisiones por las que el doctor Clapin ha pasado siempre procura dar trabajo al mayor número de operarios.

—¡Gran servicio! Revienta las partidas; al final de dos o tres meses despide a más de la mitad... Esto no se llama proteger; se llama engañar.

—Bueno, pero él por lo menos hace eso, ¿y los otros? No hacen nada. Por lo demás, es un hombre demócrata. Desde hace mucho que lucha por la igualdad entre los servidores de la nación. No quiere distinguir entre funcionarios públicos y *jornaleiros*.¹⁸ Quien sirve a la nación, ya sea en cualquier servicio, es funcionario público.

¹⁷ *Conto de réis*: equivalente a un millón de *réis*; valía 540 dólares en 1889, año de la proclamación de la República en Brasil.

¹⁸ *Jornaleiros*: operarios que reciben pago por día cumplido de trabajo.

—¡Honores! ¡Esto no llena la barriga! ¡Por qué no trabaja para disminuir la carestía de la vida y de los alquileres de casa?

—¡Qué cosa, Marramaque! ¿Tú no leíste su proyecto sobre construcción de casas para familias pobres y modestas? ¿No lo leíste, Joaquim?

El cartero, que venía oyendo la conversación sin dar opinión, intervino a la interpelación de Lafões:

—Leí, claro; pero leí también que él había aumentado los alquileres de sus casas, que son innumerables, en cuarenta por ciento.

—Eso es —acudió con prisa Marramaque— Clapin es muy generoso con el dinero de los otros, del Estado. Con su dinero es de una avaricia de judío y de una ganancia de especulador. ¡Jesuita!¹⁹

Felizmente Clara llegaba con el café. La conversación apasionada cesaba y los invitados de Joaquim recibían los saludos de la chica:

—La bendición, mi padrino; buen día, Señor Lafões.

Ellos respondían y se ponían a bromear con Clara.

Decía Marramaque:

—Entonces, mi ahijada, ¿cuándo te casas?

—Ni pienso en eso —respondía ella haciendo un ademán gracioso.

—¡Qué! —observa Lafões—. La chica ya puso el ojo en alguien. Mira, el día de su cumpleaños... Es verdad, Joaquim: una cosa.

El cartero descansó la taza y preguntó:

—¿Qué es?

—Quería pedirte autorización para traer acá, el día del cumpleaños de la chica, a un maestro de la guitarra y de la *modinha*.

Clara no se contuvo y preguntó apurada:

—¿Quién es?

Lafões respondió:

—Es Cassi. La chica...

El guardián de las obras públicas no pudo acabar la frase. Marramaque lo interrumpió furioso:

—¿Tú conoces a ese sinvergüenza? Es un sujeto que no puede entrar en casa de familia. En la mía, por lo menos...

¹⁹ *Jesuita*: en sentido despreciativo: fingido, hipócrita.

—¿Por qué?, indagó el dueño de casa.

—Yo lo diré dentro de poco; yo diré por qué, dijo Marramaque trastornado.

Acabaron de tomar café. Clara se apartó con la bandeja y las tazas llena de una fuerte, tenaz y malsana curiosidad:

—¿Quién sería ese Cassi? ■